



ROSALÍA DE CASTRO



vida y obra de
ROSALÍA DE CASTRO

María Luisa Maillard



Esta COLECCIÓN de BIOGRAFÍAS ha sido galardonada con MENCIÓN DE HONOR, en la modalidad «CIENCIA, INGENIERÍA Y VALORES. PREMIO ESPECIAL IMPLICACIÓN DE LA MUJER», en la 11ª edición del Concurso Internacional CIENCIA EN ACCIÓN, cuya final se celebró los días 1,2 y 3 de octubre 2010, en Santiago de Compostela.



© María Luisa Maillard
© De esta edición: 2025, EILA Editores, S.L.
1ª Edición, mayo 2025

Reservados todos los derechos de esta edición para:
EILA, Editores, S.L.
Paseo Infanta Isabel, 21-6º A - 28014 Madrid
696 39 42 75 - 629 32 34 69
strillod@gmail.com

www.eilaeditores.es

ISBN-13: 978-84-126131-6-2
Depósito Legal: M-8578-2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Susi Trillo

Fotografías del capítulo 6, Imágenes para una vida, cortesía de Archivo da Real Academia Galega (RAG) y Fundación Rosalía de Castro - Casa Museo de Rosalía de Castro

Impresión y encuadernación:
Imprenta Taravilla, C/ Mesón de Paños, 6 - Madrid - Impreso en España.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 70219 70 / 93 272 04 47).

Esta biografía no hubiese sido posible sin la ayuda entusiasta de la editora Susi Trillo, que ha supervisado con gran minuciosidad todos los textos en gallego, así como la mayoría de las traducciones.

Agradecemos así mismo la colaboración y el apoyo de las siguientes Instituciones:

Arquivo da Real Academia Galega (RAG) y de forma especial a Jacobo M. Caridad, por su inestimable ayuda y profesionalidad.

Fundación Rosalía de Castro y a su presidente Anxo Angueira.

A Lucila González Pazos, entrañable gallega,
siempre en el recuerdo.

Índice

1.....	11
Prólogo. Joaquín Verdú de Gregorio.	
2.....	19
Introducción. María Luisa Maillard.	
3.....	37
Infancia y primera Juventud (1837-1856). Un nacimiento «oscuro». El entorno. Los primeros años. Santiago de Compostela. El Liceo de la Juventud. 1853.	
4.....	65
Juventud y temprana madurez (1856-1868). Madrid. Primeros escritos. Sus amistades. Rosalía se casa (1858). Muere la madre. Rosalía sigue escribiendo. <i>Cantares gallegos</i> . Artículos costumbristas y <i>El caballero de las botas azules</i> .	
5.....	129
Madurez y últimos años (1868-1885). <i>Follas novas</i> . Rosalía vuelve a Galicia. <i>En las orillas del Sar</i> . Rosalía cruza el Atlántico.	
6.....	183
Imágenes para una vida.	
7.....	203
Referencias bibliográficas.	

1

Prólogo

Joaquín Verdú de Gregorio

Prólogo

¡No le toques ya más,
que así es la rosa!

Juan Ramón Jiménez, *Piedra y cielo*.

13

Posee la palabra poética de Rosalía de Castro un sentido de *Inocencia* tal y como lo considera Heidegger acudiendo a Höderlin. Pues que es palabra originaria hija del universo de las constelaciones, de los primeros elementos: agua, aire, tierra y fuego y de sus combinaciones tal como lo plasmaba Empédocles... Quizás en sus inicios era el lenguaje de los dioses que el hombre no lograba comprender y que según las teogonías moldearon el mito de Prometeo, quien al robar el fuego sagrado quizás halló esa inspiración divina que habita en el hombre y que tantas veces ignora. «Nació sin saber si estaba dentro o fuera del dios que nació con él», nos sugiere Emilio Prados. Palabra, pues la poesía está entron-

cada en lo sagrado, esa edad primigenia de la Humanidad en la que el hombre habitaba el universo en armonía con las cosas antes de su nombramiento.

Y antes de la palabra sería el silencio y ello se asemeja a la entraña de esta poesía, pues que aquel que no habla, se identifica con la verdad originaria... Es la búsqueda *taoísta* de un diálogo sin palabras, libre de los vínculos de la razón discursiva; algo insólito en la mentalidad moderna.

Más ese silencio no implica el acallar las diversas voces que musicalmente se insinúan en su poesía: las de la naturaleza armonizada por el agua, tan presente en su país originario, las de una divinidad ausente en sus nostalgias, las de aquellos que ella denomina desamparados, *los simples*. Y quizás en estos últimos se halle esa callada voz de la *inocencia* como raíz de la palabra poética.

14

Pues que las voces en su armonía, sentidas en esa musicalidad astral que habita en la poetisa, irán desentrañándose en solícitas interrogantes de los sentidos y en esas respuestas en las que el olfato, el gusto, el sabor, la visión o el oído se vierten en una palabra poética tan alejada de los ríos del corriente lenguaje, esas *correspondencias* de las que nos habla Baudelaire.

No está ausente la angustia como incentivo de esa palabra hacia la otredad, hacia el otro, que se esencializa en el diálogo consigo mismo y en el departir y compartir-hablar y oír, sus experiencias, emociones y sentimientos con los otros. Y de ello el encuentro y través de ella, entidad. Cual expresa Hölderlin: «Desde que somos diálogo y podemos los unos oír a los otros».

Y esa angustia que fluye en su vida como mujer e hija de nadie, hija «brava», en su aspecto social, la transforma en rebeldía frente a la situación del entorno histórico y ambiental de su época y a la par en lamento poético, en ese arrebatado sentir y a la par dulce y abnegado que no se debilita ante la presión del destino, que trasforma toda debilidad en grandeza poética, en una belleza sutil, desnuda e indómita. Recrea una lírica primigenia, dulce, sentida en ese sigiloso llanto, sencilla queja, humildad, balbuceo, plasmados en sublimes formas.

Sentimientos que, cual expresiones de una corriente interior subterránea que la habita y que se refleja en esas vibraciones, se difunden en sonidos musicales que se vierten en sus palabras y que poseen la mágica veracidad de una *alquimia del verbo* —recordando a Rimbaud—. Palabras como simples lágrimas provenientes de fuentes profundas, lejos de una suavidad seráfica y que conmueven como una ligera sinfonía. O nunca acabadas de expresar en el dintel de una revelación, como aquellas no proferidas por el misterioso interior de *los simples, los olvidados*, paralizadas en su boca y por las que pide como respuesta una mirada compasiva frente al misterio.

La poesía, cual lenguaje primigenio, tiende hacia ese lenguaje fundacional, originario que pretende hallar la palabra que ilumine el sentir de ese hallazgo del ser humano al ir nombrando su entorno, cual recién surgido de la creación. Y ello lo hallamos como fundamento —o fundación de la palabra—. De aquí —como afirma Heidegger—, que la Poesía no tome jamás el lenguaje como si fuera material que está ahí para que se lo trabaje; es, por el contrario, la Poesía misma la que, por sí misma, hace hacedero

el lenguaje. Poesía es pues, lenguaje primogénito de un Pueblo. Y en este caso, el gallego, tanto por las tonalidades de su lengua como por el olvido que suscita una rebeldía frente al menosprecio de las demás regiones de la península.

Y ello es aplicable no sólo al delicado engranaje de los poemas de Rosalía de Castro, sino que se extiende a sus novelas y leyendas, como sueño de la historia, y tan acendradas en el universo de su país e, incluso, en el testimonio vital vertido en sus cartas... Hondamente expresado todo ello, a lo largo de la profunda observación de su sendero vital, por María Luisa Maillard que, acertadamente, integra los tiempos poéticos —en el intuitivo sentir de Bergson—, con la cronología vital del existir de la creadora.

16 Y no pueden olvidarse las características del alma gallega, tan presentes en su creación, tanto como pueblo en sus pesares encadenados en un gobierno y una burguesía tan alejados de él —como ya reflejaba Emilia Pardo Bazán—, y en sus creencias ancestrales fundidas en la presencia de una peculiar tradición y en el misterio: las meigas y la Santa Compañía... tan presentes en sus versos cual un universo en el que los humanos conviven con los desaparecidos. De un más allá que amplía, a la vez que ensombrece la circunstancia vital, fluye a la par esa concepción de las sombras como ocasos de luz, ausencias amenazadoras, estelas de un dolorido sentir sin respuesta y en su madurez como de un dolor existencial. Y frente a ello esa indeleble soledad peculiar en el sentir portugués y gallego, la *saudade*, que no coincide exactamente con su versión común puesto que es estado de ánimo, una actitud meditativa e interrogante ante la existencia.

El siglo XIX coincide con el momento en que la mujer reaparece en la creación literaria con un vigor hasta entonces ausente: Tolstói y *Ana Karenina*; Flaubert y *Madame Bovary*, Clarín y *La Regenta*. Y todo el universo femenino de Galdós: *Fortunata y Jacinta*, *Nina* y *Misericordia*... Reflejos de un universo, en el que «El patrimonio de la mujer son los grillajes de su esclavitud», según Rosalía de Castro. Y frente a ello fluye la honda raíz de un grito airado de rebelde libertad que en la poetisa se vierte como compromiso y sustento en las palabras de su creación. Paradójicamente, en el siglo de la declaración de derechos del ciudadano no aparece nominada la mujer.

Y han ido fluyendo a la par, enhebrados en el dolor causado por su circunstancia vital, esos callados lamentos como urdimbre de su lenguaje, originados por las ausencias del amor en sus diversas causas: personales, familiares, económicas, históricas... Pero como nos recuerda Jean Genet, «la belleza no tiene otro origen que la herida, singular, diferente para cada uno, escondida o visible, que todo ser humano guarda en su interior...». El arte quiere descubrir esta herida secreta de todo ser e incluso todas las cosas con la finalidad de que ella nos ilumine.

Mas esa palabra poética surge enraizada en el amor, musical en su versión órfica y pitagórica pues que se reconoce en aquellos que obedecen a la misma música. Es el lenguaje que tiene como centro el corazón, el único órgano humano que dispone de sonido en su latir y que quizás sonoriza la palabra callada. Suele ser, susurra María Zambrano: «una palabra que no se pierde, un nombre. Un nombre que pudo ser dicho un día, más que, al guárdese ya irrepetible, ha ido recogiendo las notas del nombre

único. O puede ser un sí o un no, dado y olvidado ya, más que subsiste, guiando al ser que lo guarda aún sin saber, la palabra que a todo suceso trasciende». Quizás esa palabra, íntima y universal, de Rosalía de Castro.

Joaquín Verdú de Gregorio

2

Introducción

«Como una abeja bendita».

(Con Rosalía de Castro).

Cuando yo penaba tanto por todo y por nada, y sentía,
como un capullo, mi alma en el zarzal de la vida,
mi pena, sólo mi pena fue mi verdadera amiga.
[...] Entonces tú apareciste como una abeja bendita;
yo te sentía labrar en mis entrañas partidas.

Juan Ramón Jiménez

«Salutación elegíaca a Rosalía de Castro».

Quiero que lloremos la melancolía
que sobre nosotros el cielo dejó,
pues vamos cargados con cruz de poesía
y nadie que lleva esta cruz descansó.

Federico García Lorca

21

No se suele mencionar a Rosalía de Castro entre nuestras mujeres pioneras. Aquellas que, en un convulso y atrasado siglo XIX español, abrieron camino, no sólo para la mujer, sino para el arte, la literatura, el pensamiento o la ciencia. Situada nuestra protagonista, nacida en 1837, a caballo entre dos grandes pioneras: Concepción Arenal, nacida en 1820, y Emilia Pardo Bazán, en 1851, su poesía fue reconocida tardíamente en los cenáculos literarios españoles. Tuvieron que transcurrir más de dos décadas de la publicación de su último poemario *En las orillas del Sar*, para que dos de los autores que iniciaron la Edad de Plata en España, Unamuno y Azorín, señalaran la excepcionalidad de su poesía. Ni siquiera doña

Emilia Pardo Bazán, encargada del discurso de homenaje tras su fallecimiento, en El Liceo de Artesanos de La Coruña, el 2 de septiembre de 1885, tuvo la generosidad de reconocer su altura poética. Con posterioridad, ya en 1896, Manuel Murguía mantendría una dura polémica con Doña Emilia en una serie de artículos en *La Voz de Galicia*, «Cuentas ajustadas, medio cobradas».

Azorín en su artículo «Rosalía de Castro», publicado en 1913 en *Clásicos y modernos*, reprocha a Juan Valera y Menéndez y Pelayo, que ni siquiera mencionen a la poeta en sus antologías respectivas, publicadas en 1902 y 1908, *Florilegio de poesías castellanas* y *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana*. De paso, lanza una andanada al mundo literario de la época por exaltar a los «poetas brillantes, ampulosos y oratorios». Dura crítica a la poética del momento, a la que ya se había adelantado don Miguel de Unamuno en 1903. Partidario de una poesía liberada del culto impersonal a la belleza y a la retórica vacía, saluda con efusión la última obra de Rosalía de Castro, *En las orillas del Sar*, que se ajusta a su idea de la poesía expresada en el prólogo a su *Cancionero*: «[...] carne hecha pensamiento que se siente y que se vive». En 1911, en uno de sus viajes, recogido en *Por tierras de España y Portugal*, demuestra su conocimiento de la obra de Rosalía citando un poema de *Cantares gallegos*, «San Antonio bendito». Así sigue escribiendo en 1912:

«En 1884 apareció un tomo de poesías lleno de pasión: eran de una mujer gallega. No obtuvieron éxito: se le achacaron, por decir algo, no sé qué defectos técnicos, más la verdad era que allí se mostraba un alma al desnudo».

O.C. VII, p. 815-16.